

embargo, nos resistimos toda la mañana de ayer, aglomerando nuestra gente en el camino, y sin disponer de fuerzas ligeras que flanquearan las alturas. Los franceses que traen muchos soldados y cuerpos de todas clases, dispusieron guerrillas de cazadores que en un instante tomaron las alturas, y con un cuerpo de caballería polaca nos cargaron en la carretera de un modo espantoso. No puede formarse idea de aquel ataque si no viéndolo. Escuadrones enteros se estrellaban contra nuestra batería y centenares de ginetes caían despeñados á los abismos que costean el camino; pero sus recursos son inmensos; tras un escuadrón inútilmente sacrificado, lanzaban otro y otro, sin que se les importara ver morir oficiales á centenares y generales por docenas. Con este ataque incesante combinaban el fuego de las tropas ligeras, desparramadas por los altos, y al fin sucumbimos al número, que no al valor. Los franceses se abrieron paso á costa de inmensas pérdidas, y luego persiguieron á los restos de nuestra tropa con tanto encarnizamiento, que dudo hayan podido sobrevivir muchos. La mayor parte, pereciendo en aquellas fragosidades, han cumplido con su deber, que era defenderlas mientras tuvieran cuerpo vivo en que recibir una bala. No fué posible más, porque más habría sido hacer milagros, y éstos sólo Dios los hace.

Calló el oficial, y todos los que le oíamos estábamos tan apesadumbrados y tristes con su relato, que no le contestamos nada. Tam-

poco él habló más, y así silenciosos y taciturnos llegamos á Madrid y á nuestra Puerta de los Pozos, donde el desgraciado tránsito halló una hoguera en que calentarse, y un bocado con que reanimar las fuerzas. Todos le prodigaban solícitos cuidados, menos D. Santiago Fernández, el cual no podía desechar cierta comezón y desasosiego.

—Gabriel—me dijo, llevándome aparte, —no insisto por no parecer pesado; pero digan lo que quieran los demás, ese hombre que hemos encontrado no me gusta, y quiera Dios no tengamos que sentir; porque yo sé, y tú sabráslo también, que en las guerras es muy común eso de disfrazarse para visitar el campo enemigo y examinar á mansalva las fortificaciones, así como también es cosa corriente sobornar á algún infeliz para que, fingiéndose amigo, penetre en la plaza y haga circular noticias falsas que desalienten á los sitiados.

Amaneció el 2 de Diciembre, y á favor de las primeras luces del día se distinguieron fuertes columnas de caballería francesa en los cerros del Norte. Ya estaban allí, y no eran pocos ciertamente.

XVII

Aquella mañana fué muy alegre para nosotros, porque sin motivo alguno que lo justificara, nos sentíamos tan animados, que no nos cambiáramos por los sitiadores. El

peligro había acallado por el momento todas las discordias, y nuestro patriotismo nos achicaba las circunstancias desfavorables, aumentando considerablemente las ventajas. Todo se volvía gritar, dando vivas y mueras, pues nada cuesta triunfar de esta manera con las fáciles armas de la lengua.

Nos desayunamos muy contentos con lo que las mujeres del barrio, altas y bajas, bonitas y feas, nos traían en repletas cestas. También fué con la suya doña Gregoria, mas del contenido de ella no probó bocado D. Santiago, porque, según decía, en los momentos supremos no debe embrutecerse el cuerpo con viciosos regalos.

Lejos de asentir á la más mínima concupiscencia del paladar, increpó D. Santiago á los glotones, y luégo, pasando revista á sus compañeros, que todos desiguales en estatura, armamento y vestido, no tenían más uniformidad que la de su vejez, ni otro aspecto respetable que el de sus canas, les arengó así:

—Muchachos, acordáos de que todos sois unos buenos chicos, y de que todos os habéis cubierto de gloria en los reales ejércitos. Ha llegado la ocasión suprema, y desde el momento en que se presenta á las puertas de Madrid ese mónstruo infame, ya no pertenecéis á vuestros hogares, ya no pertenecéis á la oficina de Cuenta y Razón, ya no pertenecéis sino á la patria. Compañeros: todos sois hombres experimentados, no como estos mocosos rapazuelos, que no saben coger un fusil. ¡Ya se ve! ¡Cuándo las han visto ellos

más gordas! Y basta de sermones, que ahora obras y no palabras, y más vale una buena puntería que cien discursos; con que, compañeros, ¡viva Fernando VII! y sepan que los estima su amigo y seguro servidor Santiago Fernández.

Esta alocución del veterano hizo reír á muchos de sus amigos, y casi, casi... si no fuera por temor á denigrar la memoria de varón tan insigne, diría que la recibieron con chistes, jácara y todas las zandunguerías que son propias de los españoles, aun en apretadas ocasiones de la vida; pero Fernández, sin hacer caso, seguía tomando enérgicas disposiciones. Quiso también meter su cucharada en la artillería, echándosela de gran balístico; pero le mandaron que fuera á rezar el rosario, cuyo insulto le exasperó de tal manera, que, á no reparar en consideraciones patrióticas de gran peso, habriale abierto en dos tajadas la cabeza al descomedido y grosero que tal dijo.

En confianza revelaré á mis lectores que el deslenguado y procáz que de tal modo prohibió á nuestro Gran Capitán que se acercase á los cañones, fué el insigne Pujitos, flor y espejo de los entremetidos, personaje de todas las ocasiones y de todos los sitios, á quien la suerte nos deparó también por compañero en aquella gran jornada.

Á eso de las doce nos visitó el capitán general con D. Tomás de Morla, y aunque los victoreamos hasta quedar roncos, no me pareció que estaban ellos muy satisfechos.

Aún permanecían allí cuando distinguimos un gran tropel de franceses por la Mala de Francia abajo y flanqueando el camino. Era la avanzada del cuerpo de Bessieres que venía á intimarnos la rendición. Cuando el parlamentario llegó á los Pozos, poco faltó para que los más belicosos y trapisondistas le despidieran á puntapiés; pero al fin fué recibido decorosamente, y se le contestó que no nos daba gana de rendirnos.

—Como no sea por medio de artimañas, embaucamientos ó pérfidas tretas, semejantes á aquella del caballo de Troya, no nos rendiremos—me dijo Fernández.—Mira qué cavizbajo se va el oficial á dar la infausta nueva á su emperador. Me parece que veo á éste pateando y arrancándose los pelos de rabia al saber nuestra respuesta.

Durante aquella tarde no volvieron parlamentarios, ni se presentó fuerza alguna francesa; pero á lo lejos distinguíamos el movimiento de las columnas tomando posiciones y estableciendo trincheras para la artillería, lo cual indicaba que los franceses diferían la función para el día 3. Durante la noche el mariscal Ney hizo otro intimación; pero fué hacia la parte de Recoletos ó puerta de Alcalá.

—¿Ves cómo no se atreven á volver acá, ni quieren más cuentas con nosotros?—dijo el Gran Capitán cuando lo supó;—pero allá les habrán contestado lindezas. Ya se ve, comprendiendo que por las armas no pueden nada, ponen en juego melosidades, agasajos

y socaliñas. Pero durmamos, Gabriel, con toda tranquilidad, pues me parece que mañana 3 tampoco habrá nada, y sabe Dios si al ver el aparato de estas intomables fortalezas, habrán decidido retirarse del lado allá de la sierra.

No necesito decir que de todo en todo se engañaba mi optimista amigo, pues cuando dormíamos á pierna suelta en la huerta de Bringas al calor de una hermosísima hoguera, nos despertaron unos tremendos cañonazos que retumbaban en todo Madrid con pauroso ruido.

—¡A las armas!—dijo Fernández.—Levántense todos, y si cae una granada, arrojarse al punto de barriga. Yo soy de opinión de que hagamos una salida para ver de ponerle las peras á cuarto á esos de los cañoncitos. Mirad, chicos, hacia Chamberí hay una batería.

Al punto nuestros artilleros, que eran mitad de línea y mitad paisanos, se dispusieron á la defensa, y como dos de las piezas hicieran fuego, no quisimos ser menos los infantes, y allá fué una descarga sin saber contra quién.

Densa niebla envolvía la tierra, y no se percibían los lejos, lo cual hizo que figurándonos nosotros tener en frente un formidable ejército, disparásemos cañones y fusiles en ruidosísima salva sin resultado alguno, pues los franceses no soñaban con atacar los Pozos, y las detonaciones oídas eran las de la artillería que empezaba á embestir la puerta de Recoletos.

—Cese el fuego—dijo nuestro jefe.—No nos atacan ni hay enemigos en la Mala de Francia.

—¿Pues cómo ha de haber?—dijo el Gran Capitán dando fuerte patada en el suelo,—¿cómo ha de haber si han huido todos?

—No hay tal trinchera ni cosa que lo valga en Chamberí. Los franceses están hacia la Fuente Castellana.

—A mí que no me vengán con músicas—exclamó el Gran Capitán preparando su arma.—Favorecidos de la niebla esos miserables quieren engañarnos. Haré fuego mientras me quede un cartucho.

Seguía disparando como si quisiera acribillar la espesa cortina de niebla, por cuyo insensato acaloramiento pronto se quedó sin municiones. Y como continuaran oyéndose tiros de cañón hacia nuestra derecha, Fernández exclamaba, volviéndose á sus amigos:

—Van en retirada, valientes compañeros míos. Gracias á vuestro arrojo temerario, todo se acabará felizmente.

Por largo tiempo estuvimos quietos y mudos esperando con la mayor ansiedad á que de una vez se nos atacara; pero pasaban horas, y como no fuera D. Santiago, nadie veía enemigos en frente, ni lejos ni cerca. Entre ocho y nueve, el fuego de cañón y de fusilería arreció tanto por Recoletos que no dudamos era este sitio teatro de una vigorosa lucha; y al mismo tiempo, como comenzase á disiparse la niebla, vimos que cesaba poco á poco aquel desdeñoso abandono en

que el Emperador nos tenía, porque corrían de oriente á poniente algunas columnas con apariencia de tener en respeto á las cuatro puertas septentrionales.

—Gracias á Dios—dijo Fernández,—que se atrevan á atacarnos. Por detrás del parador del Norte me parece que avanza un cuerpo de artillería de batalla.

No tardaron en romper el fuego contra las trincheras de los Pozos, y nuestros seis cañones, que ya rabiaban por tomar formalmente la palabra, contestaron con precisión; mas para que todo fuera desastroso, mientras la bala rasa de sus piezas nos deterioraba los espaldones, nuestros proyectiles, lanzados por la carretera adelante ó hacia la derecha, apenas llegaban hasta ellos: tan inferior era la artillería española en aquel trance. Entonces comenzó una lucha, que antes que lucha debería llamarse simulacro, harto deslucida para nosotros, pues más nos hubiera valido ser destrozados por el enemigo que soportar tan cruel situación; y fué que los franceses nos cañoneaban desde muy lejos con sus piezas de superior calibre, y mientras recibíamos cada poco rato la visita de una bala rasa ó de una granada, á nosotros no nos era posible hacerles daño alguno.

—Pero esos cobardes, canallas, ¿por qué no se acercan?—decía Fernández bufando de cólera.—Eso no es de caballeros; no señor; cañonearnos sin piedad, destruyendo los parapetos con tanto trabajo levantados, y po-

nerse en donde no alcanzan las balas de aquí, eso no es de gente hidalga, y bien dicen que Napoleón ha hecho siempre la guerra de mala fe.

—¡Malditos sean!—dijo el oficial que nos mandaba.—Esta era ocasión para hacer una salida, si tuviéramos un puñado de gente de la buena que yo conozco.

—¿Pues y nosotros, pues y mis amigos, todos estos bravos muchachos de la compañía de *honrados*?—dijo el Gran Capitán dando un fuerte golpe en el suelo con la culata.

—¿Pues qué desean ellos, sino es salir para que esa canalla se marche de ahí ó se ponga al alcance de nuestros fuegos?

—Lo que es eso, buenos tontos serán si lo hacen, pudiendo foguearnos á pecho descubierto.

—Saldremos, sí, saldremos—insistió mi amigo.—Muchachos, os conozco en la cara el ardor sublime y el generoso patriotismo que os inflama. Rabiando estáis por cebaros en esa gentuza. ¿Salimos, señor coronel?

El coronel se rió con lástima y pena al ver la bravura del anciano. Uno de los *honrados*, á quienes Fernández llamaba *muchachos*, aseguró que no podía dar un paso porque e. reuma se lo impedía; otro dijo que el ruido de los cañonazos le habían vuelto completamente sordo, y un tercero se tendió en suelo de largo á largo, lamentándose de haber cogido una pulmonía por razón del mucho frío y desabrigo en que toda la noche estuvieran. Entre los demás *honrados*, había

alguna gente fuerte y valerosa; pero casi todos los del grupito que rodeaba á D. Santiago, se componía de unos Matusalenes tan mandados recoger, que daba compasión verles. Cuando algunas mujeres de Maravillas y del Barquillo vinieron tumultuosamente á los Pozos y pidieron con gritos y chillidos que les dieran las armas de los ancianos, yo creo que se hizo mal en no acceder á su petición, y aunque todos ellos rechazaron indignados tan deshonrosa propuesta, sospecho que alguno pedía interiormente á la Virgen Santísima que lograran su objeto aquellas valientes semidiosas de San Antón y de la Chispería.

La defensa de aquella posición continuó por espacio de más de una hora, sin más accidentes que los que he referido. Hacíamos fuego de cañón ineficazmente, y lo sufríamos de los franceses sin poder causarles daño. Indudablemente su intención era entretenernos, mientras se verificaba el ataque formal por Recoletos; y seguros de su triunfo, no querían sacrificar hombres inútilmente lanzándolos contra posiciones que al fin se habían de rendir. Cerca de las diez, el que nos mandaba recibió aviso de enviar á Recoletos la gente de infantería que no necesitase, y así lo hizo, tocándome á mí marchar entre los cien hombres destinados á aquella operación.

Por el camino, mientras atravesamos las calles de San Opropio y de las Flores hasta llegar á la plazuela de las Salesas, encontra-

mos mucha gente que corría alarmadísima, dando á entender con sus gritos y agitación que la cosa iba mal. Extendiéndonos luego por la calle de los Reyes Alta (*), bajamos por la del Almirante á la ronda de Recoletos, donde reinaba gran confusión. Fuerte cañoneo se oía por detrás de la Veterinaria, edificio que ustedes habrán conocido en el solar de la comenzada Biblioteca, y también por detrás de los Hornos de Villanueva y del Pósito, hacia la puerta de Alcalá. El convento de Recoletos estaba ocupado por tropa española; pero en el momento en que nosotros llegamos, casi toda la fuerza salía por ser más necesaria fuera que dentro. En el principio del ataque, la batería puesta detrás de la Veterinaria, rechazó con tanta energía el empuje de los franceses, mandados en persona por el mismo emperador, que éste tuvo que retroceder á toda prisa.

Suprimid con la imaginación el barrio de Salamanca y todos los jardines y palacios del costado oriental de la Castellana: figuráos aquella casi desnuda planicie poblada por numerosas tropas francesas de todas armas, con dos frentes que operaban uno contra el Retiro y la Plaza de Toros, otro contra la Veterinaria y Recoletos, y tendréis completa idea de la situación. En el centro de aquellas tropas y en lo que hoy es parte de la calle de Serrano, poco más ó menos entre el jardín llamado del Pajarito y las casas

(*) Hoy de las Salesas.

de Maroto, estaba Napoleón sereno y tranquilo, montado en aquel caballejo blanco que había pateado el suelo de las principales naciones del continente; allí estaba disponiendo los movimientos de sus soldados, y sin quitarse del ojo derecho el catalejo con que alternativamente miraba ya á este punto, ya al otro. Como es fácil comprender, yo no le vi en aquella ocasión; pero me lo figuraba y me lo figuro por lo que me contara quien lo vió muy de cerca; y por cierto que aquel testigo ocular observó detenidamente algunos pormenores muy curiosos de su persona, que no nombra la historia, cuales eran ciertos monosílabos ó gruñiditos que emitía mientras miraba por el anteojo, un movimiento maquinal de apretarse el vientre con la mano izquierda, repentinos fruncimientos de cejas y algunas veces una sonrisa dirigida á su mayor general Berthier. Con su anteojo, su tosecilla, sus mugidos, sus golpes en la barriga, sus polvos de tabaco y sus delgadas y finas sonrisas, el *ogro de Córcega* nos estaba partiendo de medio á medio.

XVIII

Y digo esto porque la batería de la Veterinaria, después de una defensa heroica, caía en poder de los franceses, precisamente en el momento en que llegamos, refuerzo tardío, los de la Puerta de los Pozos. Ya no había nada que hacer allí. ¿Podía prolongar-

se aún la resistencia en el Retiro? Así lo creímos en el primer momento; pero no tardamos en perder esta ilusión, porque atacado aquel sitio por treinta cañones, no tardó en entregar sus débiles tapias, que lo eran de jardín y no de fortaleza. Así es que mientras un regimiento de voluntarios y otro de ejército recibían á tiros con admirable arrojo en Recoletos á la primer columna francesa que se destacó á apoderarse de la puerta, los defensores del Retiro, faltos de recursos, de armas y de jefes, retrocedían al Prado, fiando la defensa á las barricadas de la calle de Alcalá. El momento aquel lo fué de gran pánico y de consternación; pero la verdad es que entre mucha gente apocada, la hubo también resuelta y decidida.

Perdido al fin Recoletos, corrimos todos por la calle del Barquillo hacia la de Alcalá, y cuando llegamos, ya los franceses eran dueños del Pósito, del palacio de San Juan, y procuraban apoderarse de San Fermín y de la casa de Alcañices. Fué muy mala idea la de construir la gran barricada más arriba del Carmen Calzado, dejando al descubierto la calle del Turco y todos los edificios del extremo de aquella gran vía; así es que los imperiales apoderáronse fácilmente de éstos y abriéndose paso después por el interior á la citada calle del Turco, dominaron de tal modo la posición, que al cabo de un cuarto de hora de estéril tiroteo, vimos que era preciso buscar la nuestra un poco más arriba, entre Vallecas y el callejón de Sevilla. Se

hacía fuego tenazmente desde los balcones de ambos lados de la calle, y no había casa alguna que no fuese improvisada fortaleza, pues la tenacidad de nuestros paisanos era tanta, que no les acobardaba ver la creciente ventaja del enemigo, su inmensa fuerza y arrogancia. La población, antes indecisa, cobraba ánimos al verse invadida, y un furor parecido al del 2 de Mayo inflamaba el pecho de sus habitantes. Escenas parciales de encarnizada y cruel lucha se repetían á cada rato en las casas invadidas; batíanse con ferocidad á arma blanca los que no la tenían de fuego, y el emperador pudo ver muy de cerca aquella enajenación popular y aquel divino rostro de la guerra, que varias veces mostró no comprender en paisanos y menos en mujeres.

En medio de esta refriega se hizo la tercera intimación, y cuando creímos que nuestros jefes contestarían á ella mandando redoblar el fuego, observamos que éste cesaba en la gran barricada, y que á todo escape corría á caballo el marqués de Castelar hacia la casa de Correos, donde estaba la junta permanente.

—¿Qué hay, Sr. D. Diego?—pregunté á éste, viéndole venir hacia mí, con su escarpela de *honrado*.—No sabía que también estaba usted entre nosotros.

—He estado en el Retiro desde el amanecer—me contestó.—Pero ¿qué se había de hacer, con tan mala y tan poca artillería?

—¿Pero por qué ha cesado el fuego?

—El marqués de Castelar ha pedido una tregua para consultar á la junta. Creo que habrá capitulación. ¿Has visto á Santorcáz?

—¿Yo?... Ni ganas.

—Pues te andaba buscando ayer tarde con mucho empeño.

—¿También se ha batido D. Luis?

—¡Vaya! en el Retiro estaba hace poco gritando como un furioso y jurando matar á los que nos han hecho traición. Pero luégo nos ha aconsejado que nos retiremos á nuestras casas, porque es imposible pelear contra los franceses.

Subían la calle arriba mucha gente del bronce, gran número de *honrados*, voluntarios y algunas mujeres, y según las impresiones que oí en boca de todos, se comprendía que los defensores de Madrid no habían recibido bien la suspensión de armas.

—Como que les han untao—decía un majo de trabuco y charpa.

—¡Que nos han vendido!—exclamaba una mujer, en quien me pareció reconocer á la viuda de Chinitas.

—Si cojo á Castelar por delante, me lo como.

—Ya me percataba yo que el Tomasillo Morla estaba vendido al Tuerto. ¿Cuánto va á que él puso los cartuchos de arena?

—¡Más vale morir que rendirse! Canallas, cobardes: si tenéis miedo, quitáos de en medio, y dejadnos á nosotros.

—Compañeros, antes que la corte de las Españas y la mapa del mundo, que es Ma-

drid, caiga en poder de los gabachones, tuerros, botelludos, dejémonos matar tras esas piedras.

—¡Que hayamos vivido para ver esto!

—Ni la junta, ni el consejo, ni los generales, ni el corregidor, ni ninguno de esos Caifases tienen tanto así de vergüenza.

De este modo, en diversos estilos, expresaba el pueblo de Madrid su rabia, no tanto por verse casi vencido, como por echar de menos el amparo de las autoridades, y encontrarse sólo entre un enemigo formidable un poder débil, incapáz de imitar las desesperadas sublimidades de Zaragoza y Valencia. Así es que desde la suspensión de la lucha cundió el desaliento tan rápidamente, y la idea de una capitulación indispensable se apoderó tan pronto de todos los espíritus, que las armas se caían de las manos. Cercados por poderoso enemigo, ¿qué podía hacerse sin entusiasmo, y qué entusiasmo había allí, donde los jefes no contaban para nada con lo extraordinario, con lo divino, con aquella táctica ideal y no aprendida, que ó detiene las catástrofes ó las hace gloriosas, no dejando al vencedor sino lo material de la victoria, la posición topográfica, aquello que podrá ser lo principal en los hechos de un día, pero que es lo secundario y lo último en la historia?

El pueblo español, que con presteza se inflama, con igual presteza se apaga, y si en una hora es fuego asolador que sube al cielo, en otra es ceniza que el viento arrastra

y desparrama por el bajo suelo. Ya desde antes del sitio se preveía un mal resultado por la falta de precaución, la escasez de recursos y la excesiva confianza en las propias fuerzas, hija de recuerdos gloriosos á todas horas evocados, y que suelen ser altamente perjudiciales, porque todo lo que aumenta la petulancia, lo hace quitándose lo verdadero valor. Lo que habían preparado las discordias, la impremeditación y la soberbia, rematólo la excesiva prudencia de autoridades timoratas, que además de no ver dos palmos más allá de sí mismas, no comprendieron que la capital no debía rendirse con menos aparato que la última aldea de Castilla. La presencia de Napoleón traía á aquellos pobres señores muy azorados, y tanto se preocuparon de sus togas, de sus posiciones, de sus fajas y de sus sueldos, que con todas estas telarañas ante los ojos, era imposible que pudieran ver otra cosa.

XIX

Dióse orden de que los cuerpos ocuparan sus primitivas posiciones, y partí otra vez á los Pozos, contemplando por el camino el espectáculo de Madrid abatido y desilusionado. En algunas partes, escenas de escandalosa protesta contra las autoridades, y amenazas y gritos: en otras, vergonzoso silencio y raras manifestaciones de la general angustia.

Cuando llegué á la Puerta de los Pozos,

los soldados y voluntarios estaban en actitud un tanto sediciosa. El Gran Capitán, que continuaba en el jardín de Bringas, no quería creer la noticia de la próxima y ya inevitable capitulación.

—Gabriel—me dijo,—eso que cuentan no puede ser cierto, y sin duda es alguna estratagemata de D. Tomás de Morla. ¡Cómo se miente! ¿Crearás que unas desvergonzadas mujeres llegaron aquí diciendo que el Prado y media calle de Alcalá estaban en poder de la Francia? Me dió tal enfado, que si no estuviera mi mujer entre las que tal insolencia decían, las habría atravesado de parte á parte.

No quise darle un disgusto, y callé.

—Aquí hemos tenido un combate terrible—continuó.—Se atrevieron á acercarse, y esa compañía de voluntarios salió y les hizo tan terrible fuego que no han vuelto á asomar las narices. En tan grande acción, no tuvimos más que cinco muertos y once heridos.

Ví, en efecto, que Pujitos se ocupaba en acomodar estos últimos en las casas inmediatas con auxilio del generoso vecindario, y que en torno á los cinco primeros una multitud de mujeres entonaban estrepitoso miserere de imprecaciones y lamentos. En las cuatro puertas septentrionales no había ocurrido otra lucha importante que aquella que Fernández me refería.

El cual prosiguió así:

—Pensar que aquí nos rendiremos, es pen-